

RELIGION DE LA HUMANIDAD

ORDEN Y PROGRESO

Vivir para los demás

Vivir a las claras

CARTA

AL SEÑOR

ARZOBISPO

D. MARIANO CASANOVA

POR

Juan Enrique Lagarrigue



AÑO 105^o
DE LA GRAN CRISIS

(1893)

CART A

AL SEÑOR

ARZOBISPO DON MARIANO CASANOVA



RELIGION DE LA HUMANIDAD

ORDEN Y PROGRESO

Vivir para los demás

Vivir a las claras

CARTA

AL SEÑOR

ARZOBISPO

D. MARIANO CASANOVA

POR

Juan Enrique Lagarrigue



ANO 105º

DE LA GRAN CRISIS

—
(1893)



Señor Arzobispo don MARIANO CASANOVA



SEÑOR,

EN VUESTRA pastoral del 23 de abril de este año, invocais la Religión como necesaria para vencer la anarquía contemporánea y producir el bienestar social. Teneis razón en la forma, pero nó en el fondo, pues atribuis al catolicismo una eficacia que sólo corresponde al Positivismo. La crisis por que atraviesa todo el Occidente, data desde el siglo XIV, aunque se halle ahora en su fase mas aguda. Entonces concluyó la Edad Media, que fué el gran período del catolicismo, cuando esto iba a la cabeza de la civilización. A partir de ahí, la decadencia de esa doctrina ha ido en creciente aumento, sin que nada haya podido

evitarlo. Hoy es tal su agotamiento que desprestigia todo lo que ampara. En efecto, basta que el catolicismo sostenga algo, para que lo desautorice por eso mismo fatalmente en la opinión pública, que ya no está animada de esa creencia. Como pasó el politeísmo, pasa ahora el monoteísmo, pero mereciendo lo mismo que aquel inolvidable recuerdo por los servicios que ha hecho. El concurso á que acaban de ser invitadas todas las doctrinas teológicas para la Exposición de Chicago, es un signo característico de que socialmente ya vivieron. Mas, si el sobrenaturalismo está muerto, la Religión ha sido sublimada y es inmortal en la fe altruista.

Debo advertiros que no es Jesús, como lo creéis, sino San Pablo el fundador de la doctrina que profesais. Esa es una verdad sociológica incontestablemente demostrada por Augusto Comte. Por otra parte, compruébalo espontáneamente la historia misma del catolicismo. Desde los primeros tiempos de éste se cita con frecuencia á San Pablo como la más grave autoridad, se le apellida de ordinario solamente *el apóstol* sin nombrarlo, y es indudable que su edificante palabra, conservada en sus maravillosas epístolas, ha creado a todos los grandes hombres de la fe de la Edad Media. En vuestra misma pastoral se ve también que

lo considerais implícitamente como el maestro. Al testimonio de San Pablo, y nó al de Jesús, acudís en apoyo de vuestros consejos. Sin embargo, para ser realmente fiel al insigne apóstol, hay que renovar su espíritu, en vez de repetir sus expresiones. El no hablaría al presente como habló en su época. Para San Pablo sería evidente que razonar teológicamente en favor del orden y la moralidad, es desvirtuarlos por no decir zaparlos, dado el efecto contradictorio que eso tiene. Como dejó el judaismo, dejaría el catolicismo, por una visión religiosa más perfecta. El sublime amor de que se hallaba poseído y que lo inducía á servir heroicamente al mundo entero, tratando de unir á todos los hombres en el bien, lo haría elevarse al Positivismo que es la sola doctrina con que puede conseguirse el éxito de ese gran propósito. San Pablo está ahora en el supremo intérprete del Espíritu Santo, Augusto Comte. Los dignos discípulos de aquél deben seguir a éste para concurrir eficazmente á la armonía universal con la Religión de la Humanidad.

Hace ya cuarenta años que Augusto Comte llamó, desde Paris, á los directores del Catolicismo á que se unieran bajo la jefatura del Positivismo con el objeto de vencer lo más pronto á la irreligión. La voz del maestro fué desoída, incrementándose por eso el movimiento

impío y anárquico. En vano los fieles discípulos de Augusto Comte, obedeciendo sus altruistas consejos os hemos llamado á nuestro turno á que os volvais hacia la verdadera religión universal. Por un deplorable ofuscamiento habeis permanecido hasta ahora inaccesibles, encerrados en vuestro exhausto teologismo que perdió para siempre su vitalidad social. ¿Cuándo os alzais generosamente de vuestro sopor religioso, y dejais de vivir en rebeldía contra la Humanidad, pasando á servirla de todo corazón? El camino está expedito y os ha sido trazado por Augusto Comte. Desprendeos del sobrenaturalismo é identificad el culto de la Virgen con el culto de la Humanidad, que es nuestro verdadero Sér Supremo. Reemplazad, en vuestras escuelas, la teología, actualmente inoficiosa y estéril, por la matemática, la astronomía, la física, la química, la biología, la sociología y la moral, que forman el conjunto del saber positivo. Cesad en vuestro inútil empeño de conciliar la Biblia con la Ciencia. Aquél es un libro eternamente sagrado por el tesoro inagotable de virtud que encierra, pero si sus autores, de Moisés á San Pablo, pudieran hoy escribirlo de nuevo, lo harían sin duda en el sentido de la fe altruista. Lo que tomaron por la voz de Dios, sería ahora para ellos la voz de la Humanidad, y sabrían escucharla devotamen-

te para santificar la Tierra. No olvideis la profunda sentencia del grande apóstol: la letra mata y el espíritu vivifica. Guíaos por ella en nuestra época y ascendereis á la Religión de la Humanidad. Esta doctrina es la mansión obligada de las naturalezas sacerdotales. Recíbense en su seno las bendiciones de todos los buenos del catolicismo y las bendiciones de todos los buenos mucho más numerosos de las demás creencias. La comunión de los Santos en la Humanidad es muy superior á la comunión de los Santos en Dios, y se la absorbe y le sucede, para constituir á través del espacio y el tiempo, sin exclusión de países ni épocas, la verdadera fraternidad universal, la más alta manifestación del amor.

El padre Gruber, jesuita alemán, en un libro sobre Augusto Comte y su doctrina, se sirve de un criterio relativamente imparcial, salvo algunos puntos en que flaquea de un modo extraño, pero sus preocupaciones sobrenaturalistas le han impedido reconocer la preeminencia religiosa del Positivismo sobre el catolicismo. Sin embargo todo lo que dice en favor de este último, es que el hombre ha sido creado por Dios y para Dios. Al hacer tal aseveración teológica, se olvida el padre Gruber de que así ya es imposible moralizar la sociedad. Dar base sobrenatural á los deberes, sería ahora tan

impropio como enseñar la astronomía según el antiguo concepto de que la tierra está fija y es el centro del mundo. Bien considerado, el monoteísmo ha servido para elevarnos de la patria á la Humanidad, como el politeísmo para elevarnos de la familia á la patria. Hoy se sabe con certidumbre sociológica que nuestra sola providencia real es la Humanidad. Ella nos ha conducido, á traves de los siglos, por una serie de gloriosos esfuerzos, y mediante el empleo indispensable de creencias provisionales, hacia la verdadera religión universal, fundada al fin por Augusto Comte, el mas ilustre y el mas santo de los hombres. Aunque á veces no muy visible, el influjo de la Humanidad aparece siempre, para el que sabe observar, en cuanto se ha hecho de benéfico. Su mano protectora está en todas partes: en los cielos que nos han sido astronómicamente revelados por élla; en la tierra que élla nos ha enseñado á cultivar y á embellecer; y, sobre todo, en el orden social y moral que élla ha sabido perfeccionar incessantemente para encaminarnos á la mayor armonía colectiva y la mas pura santidad individual. Los grandes hombres no son sino los intérpretes mas expresivos de la Humanidad en las diversas esferas de su acción providencial. A esa categoría pertenece ciertamente San Ignacio de Loyola. Pero si este admirable

reformador pudiera volver á existir, procedería al presente de otro modo que en el siglo XVI, y reorganizaria bajo el Positivismo su célebre Compañía. *Ad majorem Humanitatis gloriam*, sería el santo grito de guerra pacífico con que el ferviente é intrépido Ignacio llevaría su disciplinada milicia religiosa á conquistar almas á la fe universal por medio de una invencible predicación. No es dable, pues, que los jesuitas estén hoy perdiendo todavía sus fuerzas morales en el teologismo, cuando debieran utilizarlas santamente en la doctrina altruista. Imprég-nense del propio espíritu de San Ignacio, cumplan su voluntad implícita y obedecerán religiosamente al venerando Augusto Comte, que es el soberano legislador de la Tierra. Solamente los que carezcan de verdadero amor pueden rebelársele y contrariar de un modo cualquiera su sacrosanta obra.

El deber de vivir para la Humanidad y de morir si fuere preciso por élla, ha sido reconocido intrínsecamente por el catolicismo como el más alto ideal religioso. Según esa creencia, Dios hubo de hacerse hombre y perecer crucificado para redimir á nuestra especie. De esa manera el Cristo aparece como una personificación de la Humanidad, bajo forma teológica. Y quien consolida y generaliza ese tipo moral ideado por Moisés á influjo de la teocracia

egipcia, es San Pablo. Este grande hombre habia recibido la educación judía, pero, como ciudadano romano que era, recibió también el alto espíritu de sociabilidad de la capital del mundo antiguo. Así es como San Pablo llega á fundar el catolicismo que simboliza en el Cristo, imaginándoselo, en su propio anhelo de sacrificarse por todo el género humano, el más excelso mártir. Tal doctrina no es ciertamente la religión de Jerusalén sino la religión de Roma, habiéndose transformado el monoteismo nacional judío en monoteismo internacional, por la intensa reacción de la ciudad cosmopolita del magnánimo Cesar en el abnegado y amante corazón de San Pablo. Durante la Edad Media verificase una importante modificación en el catolicismo. La Virgen se sobrepone al Cristo, debido al culto de los caballeros por la mujer. En este predominio del ideal femenino sobre el ideal masculino, con lo que coincide la sustitución de París á Roma como centro de la civilización, hay un preludio espontáneo de la fe normal. Realízase, en seguida, durante los cinco últimos siglos, una gran evolución, y en el nuestro, en este siglo XIX que será la época mas memorable de todas, se instituye por Augusto Comte, en la capital del mundo moderno, el Positivismo que viene á reemplazar santamente al catolicismo. ¿Desa-

parecerá éste sin reconocer á aquél? ¿Se negará la religión de Roma á incorporarse en la religión de París, á fin de contribuir á la regeneración universal de nuestro planeta? Esperemos aún que el sacerdocio católico se inflame, en hora feliz, de amor á la Humanidad y pase á trabajar en la sublime labor. El puede hacer mucho durante la transición al régimen socio-crático, ahorrando tropiezos, luchas y extravíos y facilitando sobre todo la necesaria conversión del sexo amante á la fe altruista. Cuando esta conversión se efectúe, saldrá la mujer de la pequeña esfera de acción moral en que ahora se encuentra, por su diferencia de opiniones con el hombre. Ya no logra ella impedir siquiera que sus propios hijos se vayan á la irreligión, por más que se empeñe en educarlos cuidadosamente en el catolicismo. Pero la mujer hecha positivista ejercerá un grande influjo. Ni padres, ni esposos, ni hijos resistirán entonces al virtuoso poder femenino, que constituirá desde el hogar doméstico, la providencia moral del mundo. Los irreligiosos de todo género, por inveterados que fueren, tendrán que someterse al bendito imperio de la mujer, porque ella obrará siempre bajo el amparo infalible de la Religión de la Humanidad, que junta la superioridad del amor y la superioridad de la ciencia, la verdadera sabiduría y el verdadero Espíritu Santo.

Os referís, en vuestra pastoral, señor Casanova, á publicaciones que atacan la religión é insinuais la idea de que se las impida coercitivamente. Tal proceder seria arbitrario, tiránico é indigno de una República. Para los abusos de la prensa, que á decir verdad se cometen en todos los partidos, el alivio del mal, pero nó su plena curación que sólo llegará con el triunfo definitivo de la Religión de la Humanidad, se halla en la abolición legal del anónimo. Nuestra doctrina ha propuesto eso desde un principio, y todos sus fieles adeptos firman siempre lo que publican, consignando cada uno al pie de su propio nombre, la ciudad y la fecha de su nacimiento y su domicilio actual, que es la manera verdaderamente social de firmar. El anónimo es una máscara del alma que mata la sinceridad y la honradez. Todo el que se sirva de él, tiende de un modo fatal á escribir hipócrita y desvergonzadamente. Revisad los diarios católicos chilenos de diez años á hoy y vereis cuanto se ha mentido en ellos anónimamente y con que feroz irreverencia se ha denigrado á la primera autoridad política de nuestra patria. En esa funesta senda dejan muy atrás á los diarios irreligiosos. Así los que creen defender la Religión han sido, en el fondo, los que mas la atropellan. De todas las impiedades, ninguna tan peligrosa como ésa. El

enemigo esta dentro y pretendiendo sustentar la Religión, la destruye, pues le arrebatla la veneración que es su esencia. Sobre ese noble sentimiento se funda la verdadera disciplina individual y social. Todo hombre y todo pueblo, tanto mas valen moralmente, cuanto mejor saben venerar. Esto desvía del malé impulsa hacia el bien, fortalece en la virtud y levanta hasta la santidad. Sin veneración la Religión es imposible, es un monstruoso contrasentido, es una insensata profanación aún de la palabra mas simpática, mas sintética y mas sinérgica que existe, dado que ella implica la convergencia de todos nuestros sentimientos, pensamientos y actos hacia una destinación común universalmente benéfica. Más que la poesía, la filosofía y la política significa la Religión, ó, mejor dicho, la poesía, la filosofía y la política necesitan que la Religión las informe, las vivifique y las guie para llenar debidamente su misión humana.

Muy especialmente aludís también en vuestra pastoral, señor Casanova, al socialismo, siguiendo á León XIII. Las consideraciones que hacéis, resumen, en cierto modo, la encíclica de este papa sobre ese grave asunto. De lo que dice León XIII y vos con él, lo único que se desprende es que la cuestión social se ha impuesto al catolicismo como se ha impues-

to á todo el mundo. Ya no hay quien la desconozca en todo el Occidente, cuando hasta no hace mucho sostenían hombres de fama que sólo existía cuestión política. Lo inverso caracteriza mejor la realidad de las cosas. Tanto más que la cuestión política no es al presente más que un enemigo de la cuestión social. Para persuadirse de ello basta examinar la situación contemporánea de los diversos países. En efecto, cualquiera que sea la forma que tome la habitual agitación política, ya llegue, sea á la guerra internacional, sea á la guerra civil, ó se quede solo á su expectativa, ella no hace mas que aplazar la cuestión social, complicándola, agravándola y dificultando por eso mismo su verdadera solución. Bien lo vislumbran los proletarios cuando tienden á ligarse fraternalmente desde sus distintas patrias. No sucede así con las clases dirigentes actuales que viven encerradas en un estrecho nacionalismo y que léjos de velar como es debido por el elemento popular, lo explotan, adulan y engañan para adueñarse del poder y perpetuarse en él. Cuando se trataba de hacer la paz con el Perú y Bolivia, pedimos en nombre de la Humanidad que no se anexara á Chile ni un pedazo de territorio extranjero. Desgraciadamente no se supo escucharnos y un diario católico de Santiago hizo escarnio de esa petición, tachándola de

antipatriótica. Blasfemaba por ser incapaz de percibir el deber religioso que todos tenemos de subordinar la patria á la Humanidad. Pero en su impío criterio, era lógico con la actitud asumida por el catolicismo en aquel inaudito *Te Deum* celebrado en la catedral de Lima por un sacerdote chileno para festejar la victoria militar de nuestro país en medio de los vencidos. Entre otras advertencias dirigidas por los positivistas á los católicos para librarlos de su descamino y traerlos á la verdadera Religión, se particulariza la carta escrita hace nueve años á vuestro predecesor interino, el señor Obispo don Joaquín Larraín Gandarillas, por mi hermano Jorge Lagarrigue que reside actualmente en París, ejerciendo allí el apostolado de la Humanidad, como el más fiel discípulo de Augusto Comte. Dicha carta censuraba mucho, sobre todo, el politiquismo católico, que causa más daño á la Religión que todos los ataques de los incrédulos. No obstante, la enfermedad irreligiosa del catolicismo, lejos de mejorar, ha seguido empeorando. Prefiero callar los graves síntomas á que hice alusion en otra circunstancia y que son demasiado visibles. Os indicaré sin embargo un hecho reciente, que manifiesta el profundo desdén de ciertos escritores católicos por el pueblo y su incapacidad para comprender las más elementales nociones reli-

giasas. Un diarista de vuestra iglesia es quien se ha permitido burlarse inmoralmemente de esta condición de vida que mi hermano Luis Lagarrigue señalaba en uno de sus escritos, como indispensable para incorporar realmente al proletariado en la sociedad; que tenga cada uno de sus miembros la propiedad de su domicilio y de su tumba para formar su hogar. Este se halla constituido, en efecto, no sólo por los parientes que existen objetivamente, sino también, y sobre todo, por los que pasaron á la existencia subjetiva. La tumba en que descansan los seres queridos de la familia, es un verdadero templo doméstico. Allí es donde mejor se les recuerda y se alcanzan las más nobles inspiraciones de su naturaleza purificada, por idealización espontánea, de los defectos que pudieron acompañar sus cualidades. El hospital y la fosa comun atestiguan imperfecciones del orden social á que pondrá remedio paulatinamente la Religión de la Humanidad, haciendo participar á todos los individuos de la plena vida de familia, con casa propia en que habitar, y con más razón en que atenderse cuando enfermen y tumba en que reposar á su muerte.

¿Que es lo que declara en el fondo León XIII respecto de la cuestión social? Nota en ella un gran peligro irreligioso porque se trata de resolverla fuera del catolicismo, da una se-

rie de consejos morales para mejorar la suerte del proletariado, basándolos en la teología, é invita á reinstalar las costumbres cristianas de la Edad Media á fin de salvarnos de la anarquía. Queriendo consolar á los pobres en su miseria, llega hasta recordarles la compensación de que gozarán en el cielo. Contra lo que se tiene en vista, así se perjudica á la Religión en vez de servirla, pues se la deja sin eficacia alguna en los hombres y expuesta también á que la menos precien. Dadas las nociones astronómicas hoy populares, ya no hay donde colocar el cielo y el infierno, cuyos verdaderos arquitectos han sido sucesivamente Homero, Virgilio y el Dante en sus célebres poemas. Luego que Galileo destrona al sobrenaturalismo estableciendo científicamente el doble movimiento de la Tierra, formula Milton, en medio de su bella alegoría teológica, esta noción moral positiva, que cada cual lleva dentro de si mismo su propio cielo ó su propio infierno. Se ve así que se acerca la Religión de la Humanidad. En efecto, según esta doctrina, el cielo es la buena conciencia y el infierno, la mala conciencia; el cielo es la virtud y el infierno, el vicio; el cielo es la verdad y el infierno, la mentira; el cielo es el orden y el infierno, el desorden; el cielo es la paz y el infierno, la guerra; el cielo es e trabajo y el infierno, la ociosidad; el cielo

es el altruismo y el infierno, el egoismo. Todos debemos esforzarnos continuamente en nosotros y fuera de nosotros por edificar el cielo y demoler el infierno. Aquí, en el planeta que habitamos, es donde el cielo vencerá gloriosamente al infierno, constituyendo la armonía universal por la cooperación sucesiva de las generaciones bajo el Positivismo. Que no se hable, pues, más en nombre de concepciones teológicas mentalmente muertas y por tanto social y moralmente infecundas. ¿Cómo pretender que se vuelva á la Edad Media cuando todo el movimiento moderno ha surgido de las entrañas mismas del catolicismo que dominó un tiempo todo el Occidente? El pasado se respeta, pero no se rehace. Las costumbres cristianas han desaparecido á causa de la caída inevitable de las opiniones correspondientes en que se apoyaban. Intentar hoy renovarlas, además de imposible, sería perturbar la verdadera evolución religiosa. El deber solemne e impostergable de la hora presente es concurrir al predominio de las opiniones positivistas, en pos de las cuales vienen las costumbres respectivas que harán virtuosa y feliz toda la Tierra. Tal es también, en medio de la inmensa anarquía contemporánea, el camino seguro de salvación, no habiendo fuera de ahí más que abismos. Si el sacerdocio católico está poseído

de veneración por los San Pablo, los San Agustín, los San Bernardo, y desea continuar hoy su obra religiosa, tiene que convertirse al Positivismo y fomentar su triunfo abiertamente. No procediendo así, revelará pusilanimidad de corazón, indiferencia por los destinos de nuestra especie, pérdida del sentido de los tiempos, y olvido completo del Espíritu Santo que hace realizar las grande cosas. A la Religión ya no se la puede servir absolutamente retrocediendo hacia el pasado en nombre de Dios, sino avanzando hacia el porvenir en nombre de la Humanidad.

La solución que presenta el Positivismo para la cuestión social es la única racional, la única justa, la única verdaderamente religiosa. Ella deriva de la concepción del régimen normal en que la mujer, el sacerdocio, el patriciado y el proletariado funcionarán en convergencia al mejor servicio de la Humanidad. Ninguno de esos cuatro elementos puede ser desconocido, y cada uno de ellos debe participar de las condiciones que se requieren para el cumplimiento de su destino propio. La mujer constituye nuestra providencia moral; el sacerdocio, nuestra providencia intelectual; el patriciado nuestra providencia material; y el proletariado, nuestra providencia general sobre la cual descansan todas las otras. El orden social se

dispondrá de modo que esas cuatro providencias tengan su mayor eficacia y se refuercen entre sí. Desde luego es necesario que la mujer se halle exenta de la vida pública, concretándose á la vida privada, salvo excepciones que confirman la regla. A ese respecto la incitación contemporánea para que vaya á las carreras profesionales, contraría la emancipación normal del sexo amante. Imaginándose favorecer con eso la suerte femenina, se la perjudica en realidad. Hablamos aquí haciendo abstracción de los móviles generosos que puedan hoy inducir á la mujer en tal sentido. Lo que decimos es que el verdadero ideal de existencia femenina no puede ser ese. Entrando la mujer á concurrir con el hombre en las labores teóricas y prácticas, se aparta de su misión moral que es donde estrica su verdadera gloria. Como la mejor personificación de la Humanidad, el sexo amante debe ser, desde el hogar doméstico, el santo estímulo para que sacerdotes, patricios y proletarios desempeñen con el mejor éxito, en el organismo social, sus respectivas funciones públicas. En cuanto el sacerdocio, el tiene por labor propia la enseñanza universal de toda nuestra especie. Para ello debe estar libre de las tareas prácticas que absorben á los patricios y á los proletarios. Un subsidio moderado que se acerque más á la pobreza que á la riqueza

proveerá al sustento del sacerdocio. Su habitación estará contigua á los templos de la Humanidad que tendrán asimismo anexa la escuela positiva correspondiente. Pero al sacerdocio no solo le incumbe enseñar, sino también aconsejar, consagrar y juzgar religiosamente. El presidirá á la administración de los sacramentos y á la celebración del culto público, será el mediador nato en los conflictos entre patricios y proletarios inclinándose más á éstos que á aquellos, y amparará siempre á la mujer á fin de que no se la estorbe en su alta función moral y se le rinda el debido actamiento. Por lo que hace al patriciado, su oficio peculiar es dirigir la industria en beneficio universal y permanente. Con ese objeto los patricios tienen que ser capitalistas y procederán conforme al principio positivo de que la riqueza es social en su origen y debe serlo en su destinación. La noción metafísica del derecho de propiedad individual es una aberración que ya no puede sostenerse. Nada hay en el mundo de verdaderamente personal, todo es colectivo. Aún lo que parece más individual, como la elaboración de un poema, por ejemplo, es sin embargo eminentemente social, pues implica el influjo previo de muchas generaciones en el cerebro que lo produce. En verdad, se obra siempre con ayuda mayor ó menor de la Humanidad, lo que

hace más ó menos fructuosos los resultados. Al pretendido derecho de propiedad individual hay que sustituir el deber de la apropiación personal en interes comun de la sociedad. Esta es la única razón de ser de los capitalistas é importa que lo sepan para que cumplan dignamente su misión. Los poseedores actuales de la riqueza que no se sientan aptos para administrarla socialmente, deben cederla á los que se muestran capaces de ello. Á intento de la mejor colocación personal de los capitales en beneficio público, se halla prescrita la libertad de testar por el Positivismo. Bajo esta doctrina los patricios no serán ciertamente egoistas gozadores de la riqueza, sino sus nobles gerentes necesario para la prosperidad creciente del orden material en nuestro planeta. Veamos ahora el destino del proletariado en el organismo social. Es su trabajo continuo y abnegado el que provee directamente á la subsistencia universal en toda la Tierra. De ahí que el proletariado forme nuestra providencia general sin la cual serían imposibles la providencia femenina, la sacerdotal y la patricia. Con el reconocimiento de este hecho incontestable se dignificará religiosamente la función ejecutiva de los proletarios y desaparecerá por completo el absurdo resto del antiguo menosprecio con que todavia se la mira. Hoy se les invita anár-

quicamente á desertar sus filas, seduciéndolos con ser capitalistas por medio del ahorro. Así se atenta contra el verdadero destino del proletariado. Su despreocupación por la riqueza, sin que esto implique despilfarro y sólo espíritu de modestia, constituye la base de su felicidad. Mas es preciso que los proletarios se hallen exentos de la miseria para que puedan organizar su vida doméstica con el más alto esplendor moral, y les sea dado ejercer además, en el carácter de verdadera opinión pública, la vigilancia continua sobre el poder espiritual y el poder temporal á fin de que estos cumplan su misión. Por eso el salario debe ser equitativo, y nó como pago de los servicios que se hacen á la Humanidad, que son todos normalmente gratuitos, sino como indispensable condición para llegar á efectuarlos. Si la labor manual del hombre ha de disminuir cada vez más con el perfeccionamiento de las máquinas, no es sin embargo suprimible. Esa labor es la que caracteriza especialmente á los proletarios y los hace apellidar de obreros, título con que se honra por analogía á los demás funcionarios del organismo social. Pero hay más; la mujer, el sacerdocio y el patriciado no pueden eximirse de la labor manual, en el seno de sus oficios respectivos. Citaremos, de entre otros muchos, el caso más habitual y obligado, el del aseo diario

personal en que cada cual es para si mismo su propio proletario, á fin de mantener su salud y hallarse físicamente lo más dispuesto á servir á la Humanidad. El que estas líneas escribe está haciendo aquí, á un tiempo, labor espiritual y labor manual, pues las ideas religiosas que expone las traza con su pluma sobre el papel. La solución del problema proletario depende, en verdad, del triunfo de la fe altruista que todo lo arregla en el organismo social para servir cada vez más á la Humanidad y glorificarla siempre.

Es al presente indispensable que las almas generosas de todas partes se eleven sin más demora al Positivismo. Invocando el nombre sagrado de la Humanidad, debe trabajarse fervientemente, desde los diversos países, por una verdadera pacificación internacional, por la completa abolición de la guerra. Obtenida, mediante la fe altruista, esa gran victoria religiosa, se verificará, en seguida, la organización normal de las naciones y de las familias. Ha de verse entonces á la educación positivista guiar santamente al hombre desde la cuna á la tumba. El culto personal lo perfecciona incesantemente por medio de la oración; el culto doméstico consagra las fases principales de su vida, recordándole que su destino es servir siempre á la Humanidad y que debe aspirar á

incorporarse en ella por la más abnegada conducta; y el culto público idealiza en fin anualmente la existencia normal de nuestra especie, alentando de ese modo el corazón de cada persona á concurrir á realizarla lo más posible. Bajo el Positivismo la armonía individual y la armonía social se identifican por completo. Una y otra se alcanzan por el más sublime de los sentimientos, el amor á la Humanidad. Este amor huye de la discordia y busca la paz, es fuerte y perseverante, no sabe odiar, es tolerante, magnánimo é inagotable en santos recursos para derribar los más grandes obstáculos. Su anhelo más íntimo es formar la liga de los buenos con los buenos para vencer á los malos convirtiéndolos al bien. No vive sólo en el presente, sino, sobre todo, en la eternidad social. De ahí que á pesar de tremendos contratiempos no se deje invadir jamás por el pesimismo, se mantenga inquebrantable en su firmeza altruista, pase ileso por medio de la anarquía y la irreligión, y se encamine con esperanza inmortal hácia el porvenir. El pasado le forma un cimiento incommovible. Los Conjurados, los Budhas, los Moisés, los Aristóteles, los San Pablo, los Mahoma, han ido elaborando, en efecto, á través de las edades, con sus grandes corazones, el amor á la Humanidad que surge al fin radiante é invencible en nuestro

siglo de manos de Augusto Comte inspirado por Clotilde de Vaux. Hombres que habeis perdido la fe, recobradla santamente en el Posivitismo; hombres sumisos todavia á la antiguas creencias, perfeccionadlas santamente en el Posivitismo. Saturaos del amor á la Humanidad y cumplid vuestra misión social, sin cobardias de ningun género, con un coraje tan vigoroso como benévolo que triunfe de todo.

A vosotros sacerdotes católicos os llamamos, en especial, una vez más, á convertirnos altruistamente al Posivitismo que lleva los gloriosos destinos del mundo. Dejad por completo el sobrenaturalismo que ya no hace más que esterilizar vuestros esfuerzos religiosos. No sigais apoyando ahí la moral porque la tornaís impotente. Salid de vuestro alejamiento para con la Religión de la Humanidad, donde se halla ahora el verdadero Espíritu Santo. Acercaos á ella, estudiadla, nutrios de su sabiduría y concurrid luego á la suprema labor redentora. Que no haya lugar á que se os acuse de falta de amor, de sequedad incurable de corazón, porque pudiendo obrar el bien no lo hicisteis. Tomad de vuestros antepasados los profetas hebraicos y los apóstoles católicos, su santo ardor por moralizar la sociedad, su indomable energía, su abnegación sin límites, y venid á trabajar en tal disposición bajo la fe altruista. Ellos estarían

hoy con nosotros los positivistas, como, trasportándonos á su época, nosotros estamos con ellos. Para conservaros realmente á su lado, debeis penetrar en la Religión de la Humanidad que alberga ahora, en forma adecuada á nuestra época, el fuego regenerador de que se hallaban animados. De otro modo no les sereis fieles, y aunque invoqueis sus nombres y os sirvais de sus palabras, los habreis abandonado porque no sabeis venerarlos. Sus almas no estarán con vosotros, sino sólo con nosotros. Que el altruismo os ilumine y os salve trayéndoos á continuar la obra del catolicismo en el Positivismo, bien persuadidos del triunfo final de esta verdadera Religión Universal que hará prevalecer la santidad en la tierra por todos los siglos,

Os saluda vuestro servidor en la HUMANIDAD

JUAN ENRIQUE LAGARRIGUE

(Calle de la Menedra núm. 9)

nacido en Valparaíso, el 28 de enero de 1852.

Santiago, 23 de Cesar de 105 (15 de mayo de 1893).

El señor Luis Lagarrigue está dando conferencias públicas todos los domingos sobre la Religión Universal en el local de la SOCIEDAD POSITIVISTA, Calle de la Moneda, Num. 9.

L'APOSTOLAT POSITIVISTE AU BRÉSIL

onzième circulaire annuelle (1891)

PAR

MIGUEL LEMOS

La Religión de la Humanidad. Carta al Sr. D. Juan Enrique Lagarrigue por Mercedes Cabello de Carbonera, 1893.

Este trabajo es lo primero que se ha publicado en el Perú en favor del Positivismo.

Su autora sin declararse adepta de esta doctrina y abrigando aun desentimientos, habla no obstante de ella con gran simpatía y elocuencia y tiene páginas verdaderamente apostólicas.



Obras de Augusto Comte

Que se hallan en Paris, 19 Rue Monsieur Le-Prince

- SYSTÈME DE POLITIQUE POSITIVE instituant la
Religion de l'Humanité. 4 vol. in-8° Fr. 30.59
- SYNTHÈSE SUBJECTIVE. In-8°. » 9 —
- APPEL AUX CONSERVATEURS. In-8°. . . » 3 —
- SON TESTAMENT suivi de ses *Prières*
quotidiennes de ses *Confessions* an-
nuelles et de sa *Correspondance*
avec Clotilde de Vaux. In-8°. . . . » 10 —
-

Del mismo Autor

En Paris, 1, Place de L'Estrapade

- CATÉCHISME POSITIVISTE, ou Sommaire expo-
sition de la religion universelle. In
16°. Fr. 3 —

